

frente antidinástico que acabó en Alcolea con el reinado de Isabel II, en septiembre de 1968.

Formó parte Valera de la Comisión que se trasladó a Florencia para notificar a don Amadeo de Saboya su elección como Rey de España, lo que no fue obstáculo para que años después figurase en el sector liberal que reconoció la restauración de Alfonso XII y que aconsejara a Menéndez Pelayo a que hiciera otro tanto.

Como hace notar Azaña, su finura espiritual impidió a Valera ser un fanático, por lo que en sus cartas a don Marcelino no se recata en prodigar sus ataques a quienes a su entender lo merecían sin tener en cuenta el sector político a que pertenecieran.

En el citado libro de Marrero se califica esta correspondencia como un vademecum de lo que debe ser la vida literaria de la mejor ley, amena, sabia, españolísima y abierta a los más universales horizontes.

---

## LA AGRICULTURA Y VALERA

Por Bernardo V. CARANDE

En vista de que no sabemos lo que hacer con el agro, salvo esquilmarlo; de que la agricultura no es competitiva, por lo que no podremos fichar a ningún centrocampista extranjero; y de que los discursos —ahora que las rogativas procesionales se llevan menos— no terminan de lograr que llueva, a tiempo, va a ver que volver a las fuentes. No las termales, que están en desuso; las minerales, con programado grifo; ni las manantiales, que se secaron, desecaron o apestan; sino las coyunturales —¡bella palabreja!— de aquellas experiencias humanas que fueron. Para buscar en ellas comprensión **illo tempore** de asuntos naturales, sin fecha, ni techo.

Puede valer muy bien ese don Juan Valera, hijodalgo egabrense, señorito de Doña Mencía, adecuado agricultor arruinado y escritor nacional. Experto en razones profundas que escribe desde dentro de sí mismo. Este don Juan Valera y Alcalá-Galiano, hijo de liberal y de marquesa, cuyos restos han vuelto estos días —loado sea— a la paz del principio, a la patria solar. Valera, el preferido de Manuel Azaña, el precursor social. Adelantado en todo a su época. Uno de los primeros emigrados interiores (y exteriores, si contamos su gestión diplomática) del país. A ver qué nos dice de su agricultura. ¿Cómo estaba el campo entonces?, ¿qué nociones suyas nos vuelven a dar el nexo perdido? A este paso llegará un día que

el estado flote, suspenso, sobre un erial.

“Juanita la Larga” es una novela de plena madurez. Escrita con 70 años ya cumplidos. Valera fue un escritor de vocación tardía. “Pepita Jiménez”, la primera, veinte años antes, lo fue en Doña Mencía. cuando Valera fue de temporada a intentar salvar la hacienda. La “Juanita” de después, pese a ser cortesana de cuna, es más rural aún, más asentada, la guían menos ensoñaciones. Trasciende calma y paz. Valera recrea, a su vuelta, después de los fracasos (sentimentales, intelectuales) o de la mala hacienda, en la trama y descripción de un lugar inmanentemente agrícola de finales de siglo. Mas no se piense que “Juanita la Larga” está escrita con resentimiento. Todo lo contrario. En ella puede encontrarse, mucho más allá de las cuestiones pecuniarias, el ansia lograda en la vivencia natural, su mejor tránsito, incrementado al correr del tiempo, no ya del autor sino del lector que hoy, a tal distancia, lo goce. Su lectura resulta aleccionadora. Pasma así al contemporáneo el inusitado transcurrir de un tiempo alocado, desde entonces a hoy, sin sentido agrícola alguno pues, para empezar, todo el entorno de aquel lugar, descrito con deleite en la novela, hoy, casi, no existe. Y el interior, como mucho, desfigurado.

No le guía a Valera la hipercrítica. Se limita al testimonio. Gusta de recrearse en los hilos y zurcidos, respuntes y nudos, cabos sueltos y enhebrados de la novelesca narración por la que viene, y va, con entusiasmo. Sobre la otra identidad —no intelectual, agrícola— va paralelo y homogéneo. Gusta de relatar un medio natural. Como si supiera que tal medio iba a resultar al cabo aleccionante. Por ejemplo: el protagonista sale al campo una ocasión, convulso, a huir, y en un remanso, donde hasta bebe agua (¡agua!) de la corriente **crystalina** (¡ay!) se apacigua. Los acontecimientos del pueblo, los que marcan el transcurso de la vida y del relato, son populares, peculiares, irrenunciables: festividades locales, religiosas, ferias, días de mercado, convites... ¡No hay lucha de clases, ni tensiones, en “Juanita la Larga”! Todo es propio, nada es ajeno. Villaalegre es un pueblo habitado, blanqueado, en el que riegan las macetas, barren las calles, dan sombra los árboles y los vecinos sonrían o murmuran. La gente hace tertulia y se saluda. Las tareas se reparten con equidad —cazar, hacer buñuelos, vestir a los santos—, para todo el mundo hay papel. Nadie emigra.

Se prospera. Se juega, se gana o, por descontado, se pierde, pero sin suspicacias o celos, intereses o mediaciones. Hay cacique, sí, como lo ha habido siempre hasta que se sustituya por otro, anónimo e ideológico. Se desconoce el enchufe y el papeleo. Sirven los parientes. Lluve. Villaalegre, a finales del siglo XIX, todavía está en medio de la vida.

Valera muere diez años después. Lo recuerda Ramón Pérez de Ayala

por sus últimos días madrileños. Casi desde los tiempos de "Pepita" ha renunciado a la agricultura o ésta ha terminado con él. "Valera padecía insomnio, y como ya no podía leer, nos solía retener en torno suyo hasta las cuatro o las cinco de la madrugada". La lección de "Juanita" es verosímil: aquel tiempo agrícola pasó, después de una decadencia prolongada, para nunca más —por ahora— volver.

### EL TALANTE FILOSOFICO DE VALERA

Juan Valera fue un hombre ilustre, que se distinguió en la política y en la literatura, como diplomático, novelista, ensayista y poeta. Pocos le han considerado en el campo de la Filosofía. Y no hay duda de que entre sus obras se cuentan muchos trabajos filosóficos. Es cierto que no inventó ningún sistema, ni propuso ninguna nueva teoría sin embargo, expresó sus pensamientos en multitud de problemas acuciantes. Tuvo un "talante" filosófico, es decir, poseyó voluntad, deseo, gusto, semblante, disposición personal, ánimo, inclinación para escribir sobre Filosofía, que tal es la definición de "talante" en el Diccionario.

La polémica filosófica entre Valera y Campoamor bastaría para demostrar el espíritu de nuestro autor. De ahí que su personalidad haya sido muy discutida y comentada. Bástenos citar a dos autores. El jesuíta Alberto Risco dice que fué "en ideas volteriano refinado; como escritor, maneja el castellano de modo inimitable. Su mejor novela es "Pepita Jiménez", hipócrita caricatura del misticismo religioso" (historia de la Literatura Española y Universal pág. 157, Madrid, 1946). En cambio, Menéndez Pelayo afirma de él lo siguiente: "Mi dulce Valera, el más culto, el más helénico, el más regocijante y delicioso de nuestros prosistas amenos y el más clásico, o más bien, el UNICO clásico de nuestros poetas". (Heterodoxos, BAC, vol. 151, pág. 1.174. Madrid, 1956). El Diccionario "ESPASA" le llama "agudo observador y profundo filósofo". Esto mismo afirmó Zaragueta en contra de la condesa de Pardo Bazán.

Ahora bien, ¿fue escéptico, ecléctico, escolástico, tomista? Dice Valera: "Yo, en honor de la verdad, me parece que no sigo escuela ninguna" (Obras completas. Edic. Aguilar, II, Pág. 1486) Jean Krynen habló de su "platonismo". De momento, se puede afirmar el valor de la Metafísica y del Humanismo en la filosofía de Valera. Valera, como todo escritor, fue hijo de su ambiente, de los países donde pasó su vida. No hay duda de que las doctrinas de Fichte, Hegel, Krause y Espinoza le impresionaron sobremanera. No obstante, filósofo de la "vida", al estilo de su paisano Séneca, receló de toda filosofía que se aparta de la auténtica y verdadera realidad humana.